

La ternura caníbal

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Enrique Serna, *La ternura caníbal*

Primera edición: marzo de 2013

ISBN: 978-84-8393-140-0

Depósito legal: M-4886-2013

IBIC: FYB

© Enrique Serna, 2013

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2013

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Enrique Serna

La ternura caníbal



ÍNDICE

| | |
|---------------------------|-----|
| Entierro maya | 9 |
| Soledad coronada | 29 |
| Drama de honor | 51 |
| La vanagloria | 91 |
| Material de lectura | 121 |
| Cine Cosmos | 157 |
| El manco Rodríguez | 177 |
| Los reyes desnudos | 195 |
| El converso | 225 |
| La incondicional | 259 |

ENTIERRO MAYA

A Isabel Pérez Monfort

CUANDO LA SECRETARIA del doctor Valdivia los invitó a pasar, Nubia estrechó la mano de Uriel para infundirle serenidad y al mismo tiempo coraje, como una soldadera despidiendo a su querido antes de entrar en combate. Pobre Uriel, tenía los nervios deshechos, pero gracias a su temple de carácter, forjado en los cuarteles, entró al consultorio ecuánime y tranquilo, con una sonrisa de dignidad estoica. Prieto y correoso, tosco de facciones, ancho de espaldas, inmune a las arrugas por la tirantez de su piel cobriza, el orgullo lo mantenía firme a pesar de su quebrantada salud. Nadie hubiera sospechado que llevaba cuatro noches de insomnio y que esa mañana se había tomado cinco miligramos de Lexotán. Menos hábil para fingir, el circunspecto doctor Valdivia tenía el pesimismo dibujado en la cara y Nubia se temió lo peor.

—Pues ya tengo aquí los resultados de la angiografía coronaria, general, y he confirmado mis temores. Usted tiene coágulos en las arterias. Por eso siente esa opresión en el pecho y se desmaya cuando hace esfuerzos. Si no se cuida, en cualquier momento puede sufrir otro infarto.

—Me cuido mucho, ¿verdad, Nubia? —se cuarteó la sonrisa del general.

—Sí, doctor, yo le controlo la dieta: desde hace tres meses no come grasas ni bebe licor. Sólo vino en las comidas.

—Pues me temo que no ha sido suficiente —el doctor Valdivia se caló los anteojos con gesto grave—. Sus arterias están muy duras, la sangre no circula bien y necesita reposo absoluto. ¿Sigue montando a caballo?

—Sólo una hora los martes y jueves —dijo Nubia, que había contraído el mal hábito de responder por su esposo.

—Pues suspéndalo, con la vida no se juega.

Uriel carraspeó con disgusto. Estaba acostumbrado a dar órdenes, no a recibirlas, y la autoridad de ese médico regañón lo degradaba a soldado raso. Nubia sabía cuánto disfrutaba sus prácticas de equitación, y temió que se muriera de hastío encerrado en la casa.

—Pero lo más peligroso para usted son los excesos sexuales. ¿Cada cuándo tiene relaciones?

Uriel guardó un hosco silencio. El doctor Valdivia interrogó a Nubia con la mirada y ella se arrellanó en el asiento, incómoda. Esta vez no se atrevió a tomar la palabra en lugar de su marido.

—Lo normal, un par de veces a la semana —mintió Uriel, con rubores de colegial.

La verdad es que hacían el amor casi a diario, pues a pesar de sus sesenta y cuatro años bien vividos, el general

tenía la enjundia de un cadete, pero Nubia no quiso delatarlo y rehuyó la inquisidora mirada del médico.

–Pues suspéndalo también –dictaminó Valdivia–. Un orgasmo fuerte puede matarlo.

–Caray, doctor, no sea tan estricto –Uriel fusiló con la mirada al cardiólogo–. ¿Usted cree que teniendo una mujer tan joven y tan guapa no la voy a tocar?

Nubia se sintió halagada por el enojo del general. En los transportes de la pasión Uriel la llamaba «mi paraíso» y sabía de sobra cuánto le dolería ese renunciamiento.

–Sé que no es fácil aceptar un cambio de vida tan drástico, pero le repito: su corazón está muy delicado.

–Dígame a lo macho, doctor. Si le hago caso, ¿me puedo curar?

–Digamos que tiene más posibilidades de seguir vivo.

–Pero igual me muero aunque me porte bien...

–No soy adivino, general, mi deber es advertirle que está muy enfermo. Si se quiere morir, allá usted, pero no sea egoísta: piense en su familia y en la gente que lo quiere –dijo Valdivia en tono de homilía dominical, mirando de soslayo a Nubia.

Volvieron a casa vapuleados por la fatalidad. Sólo las preguntas del chofer sobre la ruta que debía tomar rompían un poco la atmósfera luctuosa. Nubia intentó aliviar la tensión hablando de la actualidad política, pero Uriel sólo respondía monosílabos, mirando por la ventana los pilares de concreto del segundo piso del Periférico, un paisaje tan lúgubre como sus pensamientos. Ojalá llorara, pensó Nubia, tendría cuando menos un desahogo, pero el machismo lo obliga a tragarse las penas. Era la hora de la salida de las oficinas y el atestado periférico, hediondo a gasolina y a diesel, los condujo con paquidérmica lentitud

hasta la entrada de la carretera a Cuernavaca. Los tonos malvas del crepúsculo acentuaban la melancolía del paisaje. Cuando pagaron el peaje en la caseta de cobro Nubia guardó silencio, cansada de monologar en vano, y entonces el general farfulló entre dientes:

–Pa' qué chingados quiero vivir así.

Vivían en Temixco, en el casco remodelado de una vieja hacienda porfiriana, con alberca y pista de equitación, que Uriel había comprado al retirarse del ejército, cinco años atrás. Cuando llegaron ya era de noche y Refugio, el capataz cuarentón y chaparro, con la nariz carcomida por la viruela, preguntó al general qué caballo quería que le ensillara para el día siguiente.

–Ninguno, ya no puedo montar. Desde ahora voy a ser un inválido, ¿verdad, Nubia?

Afligida por el patetismo de Uriel, que nunca antes había exhibido sus llagas, menos aún delante de la servidumbre, Nubia intentó consolarlo:

–Sólo por un rato, mientras te alivias –dijo, pero el general refunfuñó en vez de agradecerle su mentira piadosa.

Esa noche Uriel no quiso cenar y se quedó viendo televisión en estado catatónico hasta la una de la mañana. Pese al calor de abril, Nubia tuvo el tacto de ponerse un holgado camisón de invierno, para no provocarlo con sus atrevidos neglillés de encaje, pero esta vez Uriel ni siquiera volteó a verla. Tampoco le dio las buenas noches antes de apagar la luz del buró: estaba jodida si de ahora en adelante iba a recibir ese trato. Como ya no le sirvo para coger, ahora soy invisible, pensó. Sus paseos por la alcoba en ropa ligera, que ella prolongaba adrede para enardecerlo, ¿quedarían proscritos para siempre? ¿Cómo renunciar a la entrega de los cuerpos, su lazo de unión más fuerte, sin caer en el tedio

conyugal o en la franca animadversión? Estaba dispuesta a seguir al pie de la letra las instrucciones de Valdivia, pero conociendo a Uriel, temió que su matrimonio no pudiera resistir las presiones de una larga abstinencia.

Al día siguiente, en el desayuno, con la bata abotonada hasta el cuello, le propuso que vieran a otro cardiólogo.

—No perdemos nada con pedir una segunda opinión, y a lo mejor te da un tratamiento menos pesado.

Pero Uriel rechazó la idea, porque Valdivia era médico militar y él tenía una ciega confianza en los galenos de su corporación.

—Tengo que obedecerlo, no me queda otra. Pero si tú no te aguantas las ganas, vete por ahí de güila —bromeó con amargura.

—¿Cómo crees, idiota? Yo me puedo aguantar el tiempo que sea. Lo digo por ti, que eres el más caliente.

El timbrado del teléfono los interrumpió cuando Uriel empezaba a sorber el café con leche. Nubia sintió una punzada en el vientre al escuchar la voz de Sonia.

—Hola, Nubia, quería saber cómo le fue a mi papi con el doctor.

—Sí, claro, enseguida te lo paso.

La hija mayor del primer matrimonio de Uriel la trataba con despectiva reserva, sin dispensarle siquiera las forzadas cortesías de sus hermanos varones, y Nubia tenía que hacer prodigios de diplomacia para evitar fricciones con ella. Le irritaban, sobre todo, sus aires de superioridad moral, y su descarado intervencionismo en las finanzas paternas, que llegaba al extremo de censurar los gastos suntuarios de Uriel, como si fuera ya la dueña de su patrimonio. La cabrona pensaba que se había casado con su padre por interés (era tan cuadrada y necia que no podía

entender la atracción de una mujer joven por un hombre maduro) y aunque nunca se había atrevido a lanzarle acusaciones directas, le hacía sentir su desprecio de mil maneras. Tenían la misma edad, cuarenta y dos años, pero después del primer parto, Sonia se había dejado engordar como una ballena y cada nuevo pliegue de su papada la aproximaba más al puritanismo. Nubia debió reconocer, sin embargo, que esta vez la intervención de Sonia fue benéfica y atinada, pues al escuchar sus cálidas frases de aliento, Uriel recuperó la presencia de ánimo. Diligente y sereno, dedicó la mañana a delegar el manejo del rancho en Refugio, que ahora lo supliría en todas sus faenas campiranas, y gracias a Dios no volvió a ponerse en el papel de víctima. Necesitaba, quizá, sentirse querido para asumir la supervivencia como un deber hacia el prójimo. Alabado sea Dios, pensó Nubia, ¿pero por qué se enternece con el afecto de Sonia y en cambio es tan frío conmigo? ¿No vale nada el cariño que yo le doy?

Uriel pertenecía a varios corrillos de militares y políticos en retiro, que lo invitaban con frecuencia a desayunar o a jugar dominó en Cuernavaca o en Tepoztlán, y sus chorchas con ellos lo mantuvieron entretenido el resto de la semana. Sus contertulios le informaron que un reportaje de *Proceso* lo acusaba de haber reprimido a sangre y fuego la guerrilla comunista de Lucio Cabañas, ejecutando también a un buen número de civiles, y el viernes se encerró a escribir una carta al director de la revista, en la que aseguraba haber actuado con estricto apego a la Constitución. Pero el sábado, libre ya de compromisos, empezó a dar muestras de un mutismo huraño. Enamorado de la cultura maya desde sus épocas de comandante en la zona militar de Yucatán, había reunido una importante colección de

ídolos mayas, máscaras de jade y figurillas de barro que llenaban una vitrina de piso a techo en la pared principal del estudio. En ese templo de la antigüedad mesoamericana leía de vez en cuando sus libros de historia y antropología, pero ahora, sobrado de tiempo libre, se consagró al estudio con un fanatismo neurótico. Hasta pidió que le llevaran al escritorio las tres comidas, como si estuviera preparando un examen doctoral. Se quemaba las pestañas hasta altas horas de la noche, y cuando se deslizaba sigilosamente en la cama, Nubia ya estaba dormida como una piedra. Ofendida por su abandono, dedujo que Uriel la rehuía para no tener tentaciones. Curiosa voltereta del destino, pensó: después de ser tanto tiempo la alegría de su vida, ahora se la estoy amargando. Me odia porque le recuerdo lo que ya no puede gozar.

El domingo, como a las diez de la noche, se asomó al estudio para reconvenirlo afectuosamente por su retraimiento, que duraba ya más de una semana. Le sorprendió percibir en el aire un turbio olor a petate quemado. Uriel dormía tendido en un sofá, con un libro de arte maya en la barriga. A un lado, en la mesita de servicio, una pipa china de marfil con la brasa a medio apagar despedía efluvios narcóticos. Abrió las ventanas de par en par, arrojó a su marido con un edredón y de regreso en la alcoba, recostada en la cama yerma y erizada de espinas, donde ya empezaba a sentirse un poco viuda, trató de razonar con la cabeza fría. Uriel no podía ser un enfermo disciplinado y paciente, su carácter impulsivo anunciaba tempestades mayores. Ahora se las tronaba a escondidas, como un chiquillo malcriado. Necesitaba una terapia con urgencia, ¿pero cómo convencerlo de ver a un psiquiatra, si era tan orgulloso?